

Número 15

1.º de juni

# San Selerín...

1915

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Sira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia  
debe ser dirigida  
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.



### HANS CHRISTIAN ANDERSEN

ha sido uno de los mejores escritores de cuentos de hadas. Aquí lo vemos pensativo y rodeado de los personajes de sus cuentos: "La vieja y el soldado subiendo al árbol del *Silbato Prodigioso*"; "La sirenita", "Nicolásillo arrojando su saco al río", "El hombre en su cofre volador", "El Soldadito de Plomo navegando en su botecito de papel", etc.

# HANS CHRISTIAN ANDERSEN

---

El autor del cuento de «La Margarita» fué Hans Christian Andersen, un señor que dedicó los mejores ratos de su vida a hacer muy lindos cuentos de hadas que habían de leer después todos los niños de la tierra. «El soldadito de plomo», «Nicolasón y Nicolasillo», «Almendrita», «La reina de las Nieves» son otros de los cuentos que hizo para vosotros y que debéis leer todos.

Se dice de él que estando muy chiquillo, contaba a sus compañeritos de escuela que había sido hijo de padres muy ricos y poderosos, pero que en la cuna una hada lo había encantado convirtiéndolo en el hijo de un pobre remendón de zapatos. Los muchachos reían y lo creían loco, pero esta divertida historia no era otra cosa que su primer cuento de hadas.





# LA MARGARITA

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

## LA MARGARITA

Oid lo que voy a contaros:

Fuera de la ciudad, en el campo, lindando con el camino se levanta una hermosa quinta, que sin duda habréis visto vosotros más de una vez. La rodea un jardín cubierto enteramente de cuadros de flores y rodeado de una verja pintada; y entre el jardín y la quinta se abre un foso <sup>(1)</sup> alfombrado de césped verde y lozano, por entre el cual asoma una mata de margaritas.

Brillaba el sol y como sus vivificadores rayos la acariciaban del mismo modo que a las magníficas y preciosas plantas del jardín, crecía y se desarrollaba por momentos. Una mañana la flor abrió su capullo, y sus hojitas blancas y brillantes rodearon el pequeño sol amarillo claro que constituía el corazón de la corola. Y a pesar de que nadie se fijaba en ella, y de que era una florecilla olvidada, no se regocijó menos de haber nacido, volviéndose agradecida hacia el sol, y escuchando con embeleso los cantos de la alondra <sup>(2)</sup> que cruzaba el espacio.

Tan contenta estaba la margarita, como si el día en que se abrió fuera de fiesta, y sin embargo era en lunes:

(1) Zanja profunda.

(2) Pájaro pequeño de color oscuro.

los niños habían ido a la escuela y mientras ellos, sentados en el banco, aprendían sus lecciones, la modesta flor erguida sobre su tallo, aprendía a conocer la bondad de Dios reflejándose en el sol y en la naturaleza; y el dulce reconocimiento que sentía, sin poderlo expresar, lo interpretaba la alondra con sus alegres cantos. Así miraba con una especie de respeto al feliz pajarillo sin envidiarle sus alas ni sus cantares.—«Veo y oigo, pensaba: el sol me calienta y la brisa me mece dulcemente. ¡Cuántos seres carecen de una dicha semejante!»

Dentro de la verja había multitud de flores escogidas que se ponían muy huecas, con la particularidad de que las que daban menos perfume, eran las más desdeñosas. Las peonias <sup>(1)</sup> se hinchaban para parecer más grandes que las rosas; pero no se debe al tamaño el mérito de las flores. Los tulipanes eran los que más brillaban por la viveza de sus colores, y como de ello estaban plenamente convencidos, se tenían tiesos como estacas para ponerse en evidencia. Ni las unas ni los otros se dignaron dirigir una mirada a la humilde margarita, la cual en cambio los contemplaba con el mayor respeto, pensando:—«¡Cómo brillan! ¡Qué colores tan vivos y hermosos! Sin duda el gallardo pajarillo que descende de las nubes viene por ellas. ¡Loado sea Dios por haberme dado su vecindad! ¡Así podré admirar a mi gusto al dulce cantor!»

Y en efecto, llegó la alondra cantando su acostumbrado «quirevit, quirevit»; pero sin pararse en las peonias ni tulipanes, traspasó la verja, y fué a posarse so-

(1) Hermosas flores de color rojo.

bre la yerba, brincoteando en torno de la pobre margarita, que presa de la mayor emoción, apenas se daba cuenta de lo que pasaba.

El pajarillo iba saltando graciosamente y exclamaba: «¡Qué blanca y fresquita está la yerba... ¡Oh! qué preciosa florecilla, ¡tiene el corazón de oro y un engaste de plata!»

Es imposible dar una idea del encanto que sentía la margarita; pero su dicha llegó al colmo, cuando la alondra la acarició con el pico, regalándole un trino de «quirevit, quirevit», deliciosamente modulado.

Luego se remontó al aire, sin detenerse en otra flor alguna.

Pasó más de un cuarto de hora sin que la margarita lograra reponerse de su emoción; y luego penetrada de júbilo, contempló a las demás flores del jardín testigos de su ventura y del honor que el pajarillo le había dispensado.

Los tulipanes estaban más tiesos que nunca y con sus pétalos puntiagudos, cubiertos de manchas rojas, expresaban cólera y despecho al verse despreciados por una flor humilde e insignificante; y en cuanto a las peonias mostrábanse más hinchadas que antes, pues no tienen otra manera de expresar su mal humor.

Notó la florecilla el disgusto de sus vecinas, y esto le causó profunda pena.

Algunos momentos después penetró en el jardín una muchacha armada de un afilado cuchillo que relucía a la luz del sol, y dirigiéndose en derechura hacia los tulipanes, fué cortándolos uno tras otro y se marchó con ellos.



—«¡Oh, qué desgracia! exclamó la margarita. Verse cortados en la primavera de la vida. ¡Dichosa yo que permanezco oculta entre la yerba, sin llamar la atención de nadie.»

En esto llegó el sol a su ocaso y la florecilla cerró sus pétalos, se durmió y estuvo toda la noche soñando con el pajarillo.

A la mañana siguiente apenas abrió sus blancas y delicadas hojas, reconoció el acento de la alondra; pero su canto rebosaba profunda melancolía. ¡Pobre alondra! La habían cogido y encerrado en una jaula colgada en una ventana. Con mucha tristeza cantaba su libertad perdida, recordando su vuelo rápido como una flecha por la azulada atmósfera, y sus placenteras expansiones a través de los tiernos tallos de los sembrados. ¡Cómo había cambiado su suerte.

Bien hubiera querido la margarita ayudar al pobre pájaro cautivo a quien debía los más gratos momentos de su existencia; pero ¿cómo verificarlo? Sin hacer caso ninguno del sol que brillaba espléndidamente, ni de la felicidad que a su alrededor difundía la naturaleza toda, no pensaba más que en amortiguar los pesares del pobre prisionero, y no viendo ninguno estaba desconsolada.

Al poco rato salieron dos niños del jardín, uno de ellos empuñaba un cuchillo tan grande y afilado como el que llevaba la joven que había cortado los tulipanes.

Entrambos se dirigieron hacia la margarita que no podía adivinar sus propósitos.

—«¡Toma! dijo uno de ellos: aquí podremos arrancar un buen pedazo de yerba para la alondra. Y se puso

a abrir un corte cuadrado en la tierra, dejando en medio a la margarita.

—«Quita la flor», repuso el otro. Y la pobre margarita tembló de espanto, no por ver amenazada su existencia, sino porque había vislumbrado la posibilidad de reunirse en la jaula con la alondra cautiva y esta esperanza pendía del capricho de cualquiera de entrambos chicos.

—«No, dejémosla, observó el otro: aquí en medio está muy bien.»

La dejaron, pues, en el sitio en que estaba y así penetró en la jaula de la alondra.

El pobre pajarillo se quejaba amargamente de su cautiverio, y golpeaba con las alas los alambres de su cárcel. Por primera vez experimentó la margarita un vago sentimiento de envidia; la tuvo de los seres que tienen el dón de hablar. ¡Ah! Ella habría querido consolar a la desventurada prisionera.

Así pasó toda la mañana.

—«No hay agua aquí, dijo la alondra: todo el mundo ha salido sin dejarme una gota de agua. Me estoy abrasando de sed, tengo fiebre, me ahogo. Voy a morir, ¡ya no veré la hermosa naturaleza, la fresca verdura, la luz del sol en que antes me agitaba libremente!»

Al decir esto hundía el pico en el copo de yerba que conservaba un poco de humedad con lo cual experimentó un breve consuelo. Sus miradas se fijaron en la margarita, y saludándola con la cabeza y acariciándola con el pico, le dijo:

—«¡Desventurada flor! También tú te secarás en este horrible calabozo. Vas a morir por mí. Aquí te pusie-



ron con esa yerba que debía servirme de bosque, y a fin de que no hechara de menos el campo por donde antes me volaba mi autojo.»

—«¡Si me fuese dable consolarla!» pensaba sin cesar la margarita. Pero la pobre no podía hacer más que exprimir de una vez todo el suave y delicado perfume de su corola. Lo advirtió la alondra, y aunque desesperada iba arrancando todos los tallos de la yerba, tuvo el mayor cuidado en no tocar a la cariñosa flor.

Cerró la noche y nadie se acordó de traer una gota de agua a la cautiva. Entonces tendió sus hermosas alas y las sacudió convulsivamente: de su garganta se exhaló un tristísimo *pip, pip*: inclinó su cabecita sobre la flor y murió de pesar y de sed.

La margarita ya no pudo cerrar sus pétalos y dormir y soñar como la víspera. Apesadumbrada y mustia se inclinó sobre su tallo.

Los niños no volvieron hasta la mañana siguiente, y al ver el pájaro tendido y sin vida, lloraron con amargura. Luego cavaron en el jardín una bonita fosa rodeada de flores, en la cual enterraron el cuerpo de la alondra metido en un estuche de caoba y seda. ¡Magníficos funerales! Mientras vivió la alondra la tuvieron abandonada; pero una vez hubo muerto la lloraron y la dieron pomposo enterramiento.

En cuanto a la yerba con la margarita fué arrojada entre el polvo del camino; y nadie pensó en la delicada florecilla, la dulce compañera de la alondra, que gustosa habría dado toda su vida para salvarla.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

# CAYÓ LA EXHALACIÓN <sup>(1)</sup>

De la noche en el gran recogimiento,  
sin eco humano ni rumor de brisa,  
por el vasto dolor del firmamento,  
como lágrima blanca, se desliza.

¡Lágrima luminosa! Está enlutado  
el hondo cielo de melancolía.

¿Qué tallo de ilusión se habrá tronchado?

¿De quién la blanca lágrima sería?

¿Qué pálido lucero habrá llorado?

¿Qué estrella adolescente <sup>(2)</sup> moriría?...

SANTIAGO ARGÜELLO

## El ruiseñor y el gusano de luz

Un ruiseñor llenó de armonías todo un día la villa. Aun a la caída de la tarde se pudo escuchar su canto. Cuando llegó la noche, el hambre comenzó a molestarlo. Mirando ávidamente en derredor suyo, en busca de algo con qué calmarla, vió brillando entre el suelo, la minúscula linterna del gusano de luz. Saltó de la copa del espino en el cual había estado posado, para hacer su comida con el pequeño insecto. Pero éste adivinando su intención le dirigió un elocuente discurso.

—Tú admiraste mi luz—dijo—y yo tu canto. Por lo tanto debes evitar hacerme daño, tanto como yo evitaría interrumpir tus melodías, porque el mismo divino poder que te hace a tí cantar, enciende mi pequeña luz.

Tú con tu música y yo con mi lucecita alegramos y hacemos el encanto de la noche.

El cantor atendió el pequeño discurso y dejó oír sus cantos en señal de aprobación. Perdonó aquella diminuta vida y fué a buscar su cena en otra parte.

Traducción de SAÑ SELERÍN

W. COWPER

(1) Así llamamos a esas luces que vemos de noche pasar por el cielo, parecidas a estrellas que se desprenden.

(2) Muy joven.

# LOS NIÑOS MINEROS

«Los encargados de buscar los cadáveres que habían sido arrastrados por las aguas, durante una inundación, encontraron el cuerpo de Juan Morgan. Juan era un minero de 13 años, y pudimos ver a la pobre madre, que con el corazón hecho pedazos, lloraba sobre su hijo. Aun cuando era un niño, él sostenía la casa con el jornal que ganaba en las minas. La madre y Dickie, el único hermanito de Juan, están inconsolables».

Así decía un periódico de Inglaterra que hablaba de la desgracia.

¡De trece años y ya un minero! Juan Morgan era uno de los niños que bajan a las minas para ayudar a extraer el carbón que se utiliza en todo el mundo: para calentar las habitaciones en los países en que el invierno es muy riguroso; para calentar el agua, cuyo vapor ha de mover las máquinas de las fábricas, de los buques y las que arrastran los trenes, etc. El hermano de Dickie era uno de los pobres seres que componen el ejército de niños que sacan de la escuela, que quitan del lugar que ocupan bajo el sol, para que pasen su vida dentro de la tierra, como topos. Con sus débiles manos ayudan a enriquecer hombres que nunca piensan en ellos y a hacer que el carbón de piedra se ponga un poquito más barato. En Inglaterra, 6.000 niños como de 13 años y cerca de 50.000 que no pasan de 15 años, se meten diariamente entre las galerías de las minas a sacar la hulla, con que otros niños más dichosos calentarán sus cuerpos en los fríos inviernos.

El gobierno encargado de velar por la felicidad de un país tiene demasiado que hacer para que le quede tiempo de ocuparse de esos niños, quienes no pueden tener ni lo que tiene el más miserable mendigo: la luz del sol y la sonrisa de las estrellas. Los periódicos tienen tantas cosas que decir para que les sobre un campito en que pedir por los mineros! ¡Nadie se acuerda de ellos! Mientras vosotros jugáis alegres bajo el cielo azul o dormís calentitos en vuestras camas acariciados por la amorosa mirada de la madre, cuántos de esos chiquillos mineros, se arrastrarán desnudos y fatigados por las estrechas y oscuras galerías de las minas, o estarán metidos entre el agua que brota de la tierra y cuya frialdad los hace tiritar! Pobres niños que arrancan el carbón que ha de ir a calentar a otros niños más felices y a enriquecer hombres que nunca piensan en ellos!

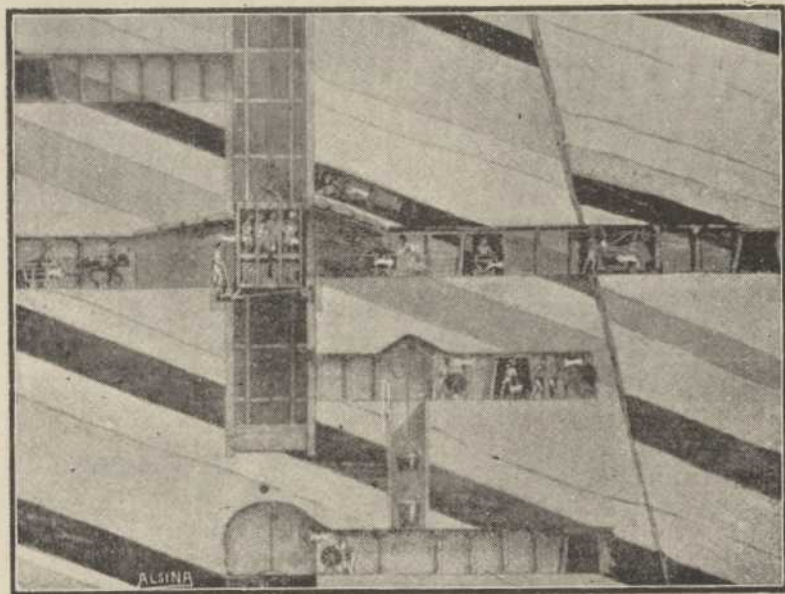
(Children's Magazine. Arreglo)







*El niño inglés a quien sus compañeros llaman para que baje a las profundidades de la mina en donde el sol no lo calentará ni podrá ver los campos y el cielo.*



*Las oscuras galerías dentro de la tierra, donde 50,000 niños trabajan duramente cada día, en Inglaterra*

# LA ESCUELA

En la escuela estamos  
como en un panal;  
somos las abejas  
que vienen y van.  
¿Qué miel fabricamos  
con tan rudo afán?  
La miel de la Ciencia.  
Ella endulzará  
mañana las horas  
de amargo pesar,  
que acaso la vida  
nos reservará.

El saber es cosa  
bien particular;  
sin que tenga brazos,  
nos libra del mal  
dándonos la mano  
¡qué extraño! ¿verdad?  
Sin que tenga boca,  
boca con qué hablar,  
nos habla de todo,  
—¡de todo, caray!  
en libros, y en mapas,  
y en mil cosas más.

Sin tener juguetes  
para regalar,  
¡cómo nos divierte  
con su gran bondad!  
Sin ser nuestro padre,

la vida nos da;  
no es sol, y nos baña  
con su claridad.

En la escuela estamos  
como en un panal;  
somos las abejas  
que vienen y van,  
siempre diligentes,  
sin parar jamás.  
Cuando la campana  
suená: tan, tan, tan...  
y al recreo vamos  
en tropa locuaz,  
unas de *señoras*  
pónense a jugar  
y hablan como piapas  
en un platanal,  
otra brinca suiza,  
y otra, más audaz,  
corre y salta un tronco  
con velocidad.

Y en tanto la bulla  
que hacemos es tal,  
que suena la escuela  
como un colmenar.

Niñas, ¡cuántas dichas  
la escuela nos da!  
¡Cuántas alegrías  
que no volverán...!

## SOL PARA EL CORAZON

Querida Mencha:

. . . Caminando a la ventura, afuera de la ciudad, me interné por una calleja, la más ruिनosa, florecida de silencio. En un recodo de la senda<sup>1</sup> di con un denso mango a cuyo pie, mustia<sup>2</sup>, se alza una vivienda. ¡Si vieras cuánto olvido circunda<sup>3</sup> a aquella choza!

Tumbado en el umbral de la única entrada se hallaba un niño de los mismos años, a mi ver, de tu hermano Alfonso. Un rubio muchachito soportando impaciente los más ardientes rayos del sol.

—¿Es que sientes frío?

—Yo, no, es para mi hermanita.

Confuso con la infantil respuesta añadí:

—No acierto.

—No sabe, es que la pobre no deja la cama desde hace dos semanas, como está tan mala . . . y dice que siente mucho frío.

Con ánimo para descubrir aquel misterio quedé contemplando al pequeño. A poco alzó la voz:

—Bytí, tengo recogida otra porción. ¿Quiéres más sol Bytí?

Y se introdujo velozmente hasta el fondo de la vivienda. Sentí que algo irresistible me arrastraba en pos del niño y seguí tras él.

---

1 Camino.

2 Triste.

3 Rodea.



—¿Ves?, le oí decir en el momento en que abrazaba dulcemente a la enferma., ¿ves?, ahora sí he traído bastante sol. ¿Sientes menos frío ahora Bytí?

Al sentir el contacto de aquel cuerpo cargado de sol, la niña abrió con delicia unos hermosos ojos negros —hermosos como los tuyos,—en ellos pude deletrear un encanto que pasó con las alas extendidas. Entornólos luego y quedó dormida . . .

RUBÉN COTO.

---

## MAS AVENTURAS DE TIO CONEJO

### TIO CONEJO AYUDA A TIA TORTUGA

Un día tío Conejo vió que tía Zorra volvía corriendo a su casa. Llevaba un gran saco al hombro y dentro de aquel saco algo que gritaba y pataleaba.

Sin duda que ese modo de patalear no me es desconocido dijo tío Conejo. Y que *me corten las orejas* si no va allí dentro tía Tortuga.

Tío Conejo tomó un caminillo que iba a través del bosque y pudo llegar a casa de tía Zorra primero que ésta. Entróse en el jardín y en un momento destrozó una gran cantidad de plantas. Se ocultó luego entre unos arbustos. No hacían cinco minutos que se había escondido, cuando sintió llegar a tía Zorra con su gran saco. Tío Conejo entonces se acercó a la puerta y asomando la cabeza, gritó: «¡Tía Zorra, tome su bastón grande, que hay un pícaro dentro de su jardín y venga a ver como se lo ha dejado.»

Tía Zorra tomó su bastón grande, corrió al jardín y comenzó a buscar al hombre que había hecho el daño. Mientras tanto, tío Conejo se acercó al saco, lo desama-

rró y dejó libre a su vieja amiga, tía Tortuga. Luego tomó una de las colmenas de Tía Zorra, la metió dentro del saco y comenzó a golpearlo y a zarandearlo hasta que oyó a las abejas agitarse y zumbear con furia. Al rato volvió tía Zorra que parecía estar muy enojada. Al entrar en la casa dió un portazo. Entre tanto tío Conejo y tía Tortuga estaban muy quietos, detrás de los arbustos. En seguida llegó a sus oídos un terrible ruido y no tardó tía Zorra en salir como loca, corriendo hacia el bosque y en un grito, perseguida por una nube de abejas que la mordían y le clavaban sus aguijones.

Eso la enseñará—dijo tío Conejo muy serio—a no meterse con las tranquilas y respetables tortugas.

### TIA TORTUGA AYUDA A TIO CONEJO

Cuando tío Conejo corría por los bosques más orgulloso que un pavo real, oyó que alguien gritaba: ¡Socorro! socorro, que si no tendré que morir hecho una tortilla! Tío Conejo miró alrededor y por fin vió a tío Coyote tendido en tierra con una enorme piedra sobre él. Entonces se consiguió un palo y metiéndolo bajo la piedra la levantó: así tío Coyote pudo salir arrastrándose. Gracias a tu ayuda, ninguno de mis huesos se ha quebrado—dijo tío Coyote—sacudiéndose y dándose una que otra chupetada sobre el pelo. Y como ha sido Ud. tan bueno, quiero que venga a comer conmigo. Y así diciendo, tío Coyote, agarró a tío Conejo por la espalda y caminó hacia su casa.

—Si Ud. me hace algún daño, no le haré otro favor mientras viva.

—¡Ah, por supuesto!—exclamó tío Coyote.—Usted no me podrá volver a servir de nada sino hasta que no esté muerto.

—Mire, tío Coyote, es contrario a las leyes de los pueblos eso de que una persona mate a otra que le ha hecho algún favor. Preguntéle a tía Tortuga.

Tío Coyote convino en ir a buscar a tía Tortuga

para que fuese el Juez. El pensó: «si esa señora da su opinión en contra mía, entonces me la comeré a ella también.»

Anda y anda llegaron donde tía Tortuga y cada uno contó el caso en favor suyo.

—Sí, sí,—dijo tía Tortuga,—pero antes de juzgar cuál tiene la razón, es necesario que yo vea el lugar don-

de estaba tío Coyote cuando lo encontró tío Conejo. Los tres fueron al sitio aquel.

—Bueno, pero yo quisiera también ver como estaba tío Coyote cuando lo encontró tío Conejo.—

Tío Conejo tomó el palo, lo metió bajo la roca, tío Coyote se deslizó bajo ella y tío Conejo la volvió a dejar caer.

—Ahora puede usted ver claramente su error, tío Conejo — dijo tía tortuga.—Usted no

tiene nada que ver con los asuntos de tío Coyote. Usted lo encontró bajo aquella piedra y allí debió haberlo dejado.

Y tía Tortuga y tío Conejo se alejaron riéndose como dos chiquillos malcriados, y dejaron al viejo tío Coyote, lamentándose bajo la pesada piedra.



Tío Conejo y tía Tortuga se alejaron riéndose